

EL DIARIO DE MURCIA

Dirección: Calle de la Platería, 23.

Precio dentro y fuera de Murcia; UNA peseta al mes.

Números sueltos, CINCO céntimos.

ÚLTIMO NÚMERO DE ESTE PERIÓDICO

VÉASE EL ARTÍCULO «DESPEDIDA»

LA VIRGEN DE LA ARRIJACA

La antigua efigie de Nuestra Señora de la Arrijaca, restaurada y restablecida al culto, no hace muchos años, por la piedad arqueológica del inolvidable D. Javier Fuentes (que D. h.), ofrece un gran interés artístico é histórico, sobre todo para los murcianos.

Fué esta Virgen, desde tiempo inmemorial, la Patrona de Murcia.

Bajo su amparo fundaron los Padres Agustinos su grandioso convento, á fines del siglo XVI, y poco después los primeros marqueses de Corvera le dedicaron suntuosa capilla.—Escribiendo Cascales su *Historia* por aquél entonces, el famoso J. Román de la Higuera brindó la noticia, por él hallada en cierto *Cronicon*, de que en la vetusta ermita de la Arrijaca extramuros habían sido bautizados los Cuatro Santos de Cartagena.—Con la autoridad, pues, de Flavio Dextro, se remontaba la antigüedad de la Virgen de la Arrijaca á la época de los visigodos nada menos. Después vino la invasión de los árabes, el cautiverio de los cristianos, y el tener éstos que ocultar su bendita patrona donde no la descubriese la persecución de los infieles. Mas tiempos adelante, y ya reconquistada nuestra ciudad, sacando agua de un pozo con una *caña* un labrador, detúvosele extrañamente la bestia; él la irrió: «Arre, jaca!», y luego vió salir entre los canchilones la pequeña estatua de la Virgen, que así volvía á ofrecerse á la adoración de sus queridos murcianos.

Este origen legendario, de la imagen y de su rara advocación, dieron por bueno los PP. Agustinos, cuando mediado el siglo XVIII, al construir la fachada de su iglesia, la coronaron con un bajo-relieve representando esa escena de la *invenición* de la santa «Patrona del convento y de la Ciudad.»—La Virgen de la Arrijaca había menester, á la sazón, de tales prestigios legendarios, para mantener su popularidad, en competencia con la Virgen del Monte. Primero había tenido que compartir con ésta su secular patronato, y últimamente que cedérselo del todo. Desde el año 1731 no había sido llevada más á la Catedral en rogativa; siendo así que antes, su presencia allí, cuando la reclamaban calamidades de pestes ó sequías, excitaba tan fervorosos entusiasmos, que era necesario poner guardias en la capilla y nave mayor para ordenar el gentío que acudía á implorarla á toda hora. Aquel año fué el último. Quedó ya su culto á cargo sólo de los frailes y de los Corveras.

Más tarde ocurrió la excomunión (1844). Se demolió el convento para hacer en su solar una plaza de toros, y la iglesia de San Agustín, estuvo largo tiempo destinada á almacén de leña y carbón; hasta que el Obispo Barrio la restauró y bendijo de nuevo. Época de oro de los *Plateros*. Pero la Virgen de la Arrijaca siguió en el olvido, abandonada como una antigüalla sin interés.

Por fin D. Javier Fuentes, llevado de su amor á las antigüallas locales, se interesó por ésta. Quitóla, para examinarla, las ropas empolvadas y mengajosas y á de que estaba vestida en forma de *alcusón*, con una armadura de alambres (según la moda que en el siglo XV se introdujo), y encontróse con una estatua *sedente*, de pequeñas dimensiones pero de mucho carácter arqueológico. El sabía que no podía ser visigoda (no hay tales efigies visigodas); aunque sí tenía que ser muy antigua, de plena Edad media, contemporánea de la misma reconquista de Murcia. La restauró discreta y esmeradamente, sacó fotografías y escri-



EN SUFRAGIO DE LAS ALMAS
DEL SEÑOR

D. Agustín Ruiz Martínez,

DE SU ESPOSA

Doña Teresa Almansa Molero,

de sus padres Don Salvador Ruiz y Doña Dolores Martínez y de su hermano Don Alejandro

(Q. E. P. DD.)

Estará hoy domingo 10 del corriente, la Vela y Alumbrado á Jesús Sacramentado, y se dirán misas desde las seis hasta la una, en la iglesia de religiosas Capuchinas.

SU HIJA TERESA Y DEMÁS FAMILIA

Suplican á sus amigos y personas piadosas que asistan á alguno de estos religiosos actos y pidan á Dios por el descanso eterno de las almas de dichos finados, favor por el cual les adelantan las más expresivas gracias.

Murcia 10 de Mayo de 1903.

El Excmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, concedió 40 días de indulgencias á todos los fieles por cualquier acto de piedad ó caridad que se aplique en sufragio del alma del referido D. Agustín Ruiz Martínez.

bió acerca de ella y de su historia un curioso folleto, que repartió á los aficionados.

Vino luego á completar este folleto una preciosa carta del sábio don Aureliano Fernández Guerra, con la etimología del nombre de la *Arrijaca* y otro dato de más valer aún, sacado del códice de las *Cantigas* de D. Alfonso el Sábido.—En dicho libro hay una cantiga dedicada á Nuestra Señora de la Arrijaca, por donde consta que esta efigie tenía su ermita en el arrabal muzárabe de la Murcia anterior á la reconquista, siendo muy venerada de los cristianos de la ciudad y forasteros; y que los moros intentaron varias veces destruir aquella ermita, y no pudieron, y aún después de la entrega pusieron grande empeño en lograrlo del Rey, á cambio de otras cosas, y nada: lo cual refiere D. Alfonso como una demostración del marcado favor de la Virgen. En el códice, además esa cantiga se halla ilustrada con varias miniaturas, donde perfectamente aparecen representadas la Virgen y su ermita. Son la prueba mas palmaria de la autenticidad de la efigie. Cuya antigüedad indudable se remonta pues al siglo XI.

Tocante á la etimología de su advocación, D. Aureliano derivaba el nombre de *Arrijaca* de una expresión árabe equivalente á *tiro de arco*. La «Virgen de la Arrijaca» se llamaría primitivamente, porque habría junto á su ermita un tiro de arco, un sitio donde adiestrarse en el disparo de las flechas. El ilustrado murcianista Sr. Diaz Cassou puso reparos á esta etimología. Según él, *Arrijaca*, lo que quería decir era *arrabal cercado*. Promoviése larga polémica; terciaron los primeros arabistas (Saavedra, Simonet, el intérprete de nuestra Legación en Marruecos Rynaldi...), apoyando la interpretación de D. Aureliano. Sin embargo, es lo cierto, que ya en

tiempos de los dos reyes conquistadores D. Alfonso y D. Jaime, y en documentos oficiales (privilegio de la era 1310) se usan expresiones como estas: «las casas del rey de la Arrijaca», «el muro de la arrijaca de los cristianos», que emplean el vocablo *arrijaca* en significación del barrio todo; y más adelante, Rodríguez de Almela, en su «Valerio», habla también de «la arrijaca de Córdoba». Pudo la Virgen tomar su advocación de un «tiro de arco» próximo, y luego ella dar su nombre al arrabal, y quedar ya el vocablo (entre los murcianos al menos) con esa significación genérica de *arrabal murado*, que sostenía Diaz Cassou. Así ambas etimologías autorizadas se concilian. La que no cabe conciliar es la del «arre, jaca» de los frailes.

Con la guía segura de las miniaturas del códice alfonsino, D. Javier dió pues sus últimos perfiles á la restauración escrupulosa de la antigua efigie, y además hizo construir para que le sirviera de templete, y lleno de satisfacción, volvió á colocarla dignamente en su propia capilla de San Agustín, restableciendo su culto, bien que reducido éste á una solemne función anual, por los días del aniversario de la reconquista de Murcia (segunda quincena de Mayo).—En esas funciones, una vez al año siquiera, la arcaica imagen ha vuelto á tener elocuentes panegiristas, y pueblo devoto, que en su misma vetustez (sin pensamiento de impertinentes competencias) halla motivo de interés piadoso, relacionándola con nuestra antigua historia, con nuestro arte, con el sentimiento religioso de tantas generaciones de antepasados nuestros, que la tuvieron por celestial abogada.

Muerto su mayordomo el señor Fuentes, no es cosa de dejar morir con él el culto restaurado de la antigua Patrona de Murcia. Unos cuan-

tos amigos de las glorias y las tradiciones murcianas, tratan de continuarlo. Bajo la iniciativa de D. Luis Peñafiel, harán este año la acostumbrada función, y después se constituirán en una especie de cofradía religioso-arqueológica, para sostener el culto de la Virgen de la Arrijaca y dedicar en su fiesta sufragios por los artistas y literatos difuntos.

B.

NIEVES

CUENTO

I.

—Piensa en estas veinticuatro horas lo que vés á hacer; si insistes en tu negativa, mañana será nuestra última entrevista, si consientes al altar, á nos separarnos nunca, á vivir siempre juntos, á tener un mismo lecho y una misma mesa, á querernos mucho y á ser muy felices siendo el uno para el otro; en tu mano está la felicidad y la desgracia: elige. Hasta mañana, pues.—Dice Joaquín á Nieves, su novia.

—No insistas, Joaquín mío,—contesta Nieves.

—Sí; adiós.

Nieves salió al balcón á despedir á Joaquín: después se retiró á su cuarto; cerró la puerta; se sentó; permaneció gran rato inmóvil, insensible; anonadada, agena á todo lo que la rodeaba, con la vista fija en el suelo, con las manos cruzadas y caídas sobre las piernas, sin lágrimas en sus expresivos ojos y sin ideas en su dormido cerebro. De pronto, Nieves, volvió en sí, resucitó á la triste realidad: se levantó, y mesándose su negro y sedoso cabello con las manos; paseó con grandes y precipitados pasos por la habitación; se sentó de nuevo; su corazón latía con violencia; en su cerebro las ideas se sucedían vertiginosamente:

su garganta rompió en lastimeros gemidos; sus ojos se inundaron de lágrimas; rendida, tendió su hermoso y delicado cuerpo, que diera, si tuviesen vida, envidia á las célebres Venus de Médicis y de Milo, en la meridiana; cubrió con sus lindas manos su cara descompuesta, y continuó por buen espacio de tiempo en sus sollozos.

Si me quedo,—pensaba,—pierdo para siempre el cariño de mi Joaquín; mis padres de un lado, Joaquín del otro; mi amor que me dice «vete», mi honra que me dice «no te vayas»; aquí me detiene el deber, allí el cariño me llama; aquí mis ilusiones muertas, allí mi deseo satisfecho; aquí la muerte, allí la vida; aquí la buena y obediente hija que enaltece y ensalza con sus hechos la honra de su familia, allí la hija infiel que por sus actos vergonzosos obliga á bajar la cabeza á sus padres. ¿Qué haré?, Señor. ¿Qué haré? Mi cerebro me dice mi obligación, el corazón me la borra, ¡el amor está hecho para cegar! Señor, dame fuerzas para que en esta lucha venza el honor.

Nieves, apoyó la cabeza en las manos y los brazos en las piernas y lloró, lloró descompasadamente.

II

—Supongo que habrás pensado en lo que te dije ayer, y que estarás resuelta á darme ó á negarme la prueba que deseo de tu cariño.

Nieves cubre la cara con las manos y llora.

No llores más, cielo mío—agrega Joaquín. Mi vida, alegría de mi alma, está tan unida á la tuya, como el tronco á su raíz, como el río á la mar, como á su tallo la flor; tan unidas, que sin la tuya la mía sería imposible. No quiero la vida sino es contigo, quiero gozar contigo, sufrir contigo, morir contigo. Mi cerebro piensa para tí, mi corazón late para tí, mis músculos trabajarán para tí; tú lo llenas todo en mí; mis ambiciones; mis desvelos son para que tú realices todos tus deseos.

—No tengo más deseos que los tuyos,—dice Nieves mirando á Joaquín con ternura infinita. Mi ambición consiste en quererte mucho, y en que me quieras más. En tí lo cifro todo, lo que no se refiere á tí, para mí no tiene encanto; mi ilusión, mi felicidad, mi vida, lo eres tú. Si me dejaras de querer, Joaquín de mi alma, me moriría.

—¿Te vienes conmigo, Nieves mía?—dijo Joaquín interrumpiéndola con viveza.

Nieves baja la cabeza y guarda silencio.

Joaquín, muy quedo y con mucha pasión, le dice:

—Te quiero mucho, tanto, que de una palabra tuya depende mi vida ó mi muerte. ¿Te vienes?

—Al Señor y á la Virgen les he pedido de corazón, y por desgracia no me han oído, que me quitarán la vida ó el amor que por tí siento. ¿Me juras llevarme al altar?—pregunta Nieves.

—Lo juro.

—Por el santo recuerdo de tus padres, que están en los cielos.

—Por su santo recuerdo.

—Quiera Dios que no nos pese, y quiera además, que la vergüenza y virtud renazcan para no entibiarse jamás.

—¿Luego estás dispuesta á seguirme?

—Sí, Joaquín,—contesta Nieves, y las lágrimas nublaron sus ojos y los gemidos ahogaron su voz.

—Prenda querida de mi corazón, vida de mi vida, Nieves mía, ¡qué feliz soy!

III

¡Qué día más terrible! ¡Cómo sufren escuchando el estampido del cañón los corazones de los buenos

